

Diciembre 17, 2004

La Oscuridad Jamás se Marcha

Por Cristian Zaelzer

Hemos visto amaneceres... cuantos amaneceres no hemos divisado desde nuestra ventana.
En lugares altos, en lugares lejanos, en donde las nubes alcanzan nuestros techos.
Nos sentamos durante siglos, en silencio, viendo como el polvo se acumulaba en nuestras tumbas, y las hojas reposaban en una alfombra de recuerdos olvidados.
Y somos a veces esos recuerdos, somos esos mismos seres olvidados...
Gujarros abandonados en un mundo que nadie contempla ya pues es demasiado lento para poder siquiera tener el favor de una fugaz mirada.
Nos estamos muriendo de apoco, de apoco el corazón se nos esta envenenando, y nadie parece notarlo siquiera, o quizás a nadie ya le interese.
Hace ya tanto, tanto tiempo que caminamos solos en senderos vacíos y solitarios.
Por bosques sin más nadie que nosotros mismos.
Y al parecer nadie escucha mis sollozos, mis deseos de salir.
Hace ya tanto que observamos los rostros lejanos de quienes nos tendieron la mano.
Mis ojos solo acumulan tristezas, llantos de tiempos que no se han ido, que han propuesto la demanda de escaparse y jamás volver, pero que continúan aferrándose a la parte del corazón que mas nos despedaza.
Ya no deseamos estar solos... ya no deseamos sentirnos tan terriblemente abandonados.
Si no fuese tan cobarde... si solo pudiese reunir el valor... ya todo habría concluido y el silencio por fin se asentaría en mí, encontraría la paz y la tranquilidad que tanto añoro.
Mis pies hoy fueron a una iglesia, en la soledad de una tarde llena de nubes eternas y silenciosas gotas que se dejaban suspender desde los cielos... no hay paz para mí, algo muy triste mora en mi corazón... no hay paz para mí.
Sigo tan solo como cuando llegué a este lugar.